

AIBR

Revista de Antropología
Iberoamericana

www.aibr.org

Volumen 20

Número 1

Enero - Abril 2025

Pp. 67 - 90

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

«A mí déjenme ser libre»: Tres ilusiones en torno al trabajo de mujeres recicladoras en Ecuador

Sebastián Egas Loaiza

sebastian.egas@ucuenca.edu.ec

Gabriela Chiriboga Herrera

chiribogaherrera@gmail.com

Israel Idrovo Landy

israel.idrovo@ucuenca.edu.ec

Jacinta Aguirre Abad

jacinta.aguirre93@ucuenca.edu.ec

Tatiana Vásquez Espinoza

tatiana.vasquez01@ucuenca.edu.ec

Andrea Gómez Ayora

andrea.gomeza@ucuenca.edu.ec

KALEIDOS, Etnografía Interdisciplinaria. Departamento Interdisciplinario
de Espacio y Población –DIEP–. Universidad de Cuenca

Recibido: 24.01.2024

Aceptado: 11.06.2024

DOI: 10.11156/aibr.200104



RESUMEN

El presente artículo estudia la experiencia laboral de mujeres recicladoras en Ecuador, explorando sus percepciones e ilusiones en torno a la noción de *trabajo*. Con ello buscamos comprender cómo negocian su lugar en sistemas más amplios de desigualdad y discriminación. Basados en estudios antropológicos sobre trabajo marginal y a partir de una investigación etnográfica multisituada de cerca de seis meses, identificamos una mirada particular en el significado de la *autonomía*, en el manejo del tiempo y en la noción del *respeto*, que deben ser negociados diariamente en un contexto de estigma social y circunstancias de exclusión. Este artículo pretende aportar a debates contemporáneos en la antropología del trabajo al pensar críticamente y desde una experiencia concreta y situada cómo se puede entender y ejercer el trabajo, así como evidenciar una búsqueda de estructuración vital a través del reciclaje, una fluidez entre tareas productivas y reproductivas, y el desarrollo de estrategias creativas de resistencia y afirmación de su agencia.

PALABRAS CLAVE

Trabajo, ilusión, mujeres, reciclaje, Ecuador.

“LET ME BE FREE”: THREE ILLUSIONS ABOUT THE WORK OF FEMALE RECYCLERS IN ECUADOR

ABSTRACT

This article assesses the labor experience of female recyclers in Ecuador, exploring their perceptions and illusions in terms of the notion of work. In doing so, we seek to understand how they negotiate their place in broader systems of inequality and discrimination. Based on anthropological studies of marginal work as well as a six month long multi-sited ethnographic research project, we identified a particular perspective on the meanings of autonomy and freedom: in circumstances of exclusion, in time management, and in the notion of respect, which must be negotiated daily in a context of social stigma. Ultimately, this article aims to contribute to contemporary debates in the anthropology of work. It does this by thinking critically and from a concrete and situated experience, how the notion of work can be understood and lived. It also looks to evidence several things, including a search for a vital structuring through recycling, fluidity between productive and reproductive tasks, and the development of creative strategies of resistance and an affirmation of one's social agency.

KEY WORDS

Work, illusion, women, recycling, Ecuador.

Agradecimientos

Este artículo es producto del componente etnográfico del proyecto *RUMBOS: el trabajo y la salud de las mujeres recicladoras en el contexto del COVID-19 en Ecuador*, realizado gracias al financiamiento de IDRC-Canadá y del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Cuenca.

Agradecemos a las mujeres recicladoras que participaron en nuestra investigación; al equipo del Proyecto RUMBOS que aportó insumos para este manuscrito; y al grupo de investigación Kaleidos – etnografía interdisciplinaria, especialmente a Hugo Benavides.

Introducción

Este manuscrito se sostiene en reflexiones precedentes de la antropología y sociología del trabajo marginal (Bauman, 2000; Castel, 1997 y 2011), y sobre todo en un vasto corpus desde la perspectiva latinoamericana que se preocupa de las relaciones de poder manifiestas en los procesos sociales y culturales sin descuidar al individuo, su contexto cotidiano y su complejidad (tensiones de clase, género, etnia, generacionales, territoriales, etc.) (González, Palermo y Torres, 2017). De la misma forma, se ponen en cuestión categorías rígidas o nociones binarias (como trabajo formal/informal) en contextos donde los espacios de producción y reproducción se colapsan y articulan, y donde lo que sucede «dentro» o «fuera» del trabajo oscila entre fronteras porosas (Palermo y Capogrossi, 2020).

La preocupación antropológica por estudiar en contextos específicos aporta «elementos empíricos para historizar, resituar y problematizar categorías contemporáneas, tales como precarización, flexibilización, incertidumbre, etc.» (Palermo y Capogrossi, 2020, p.32), así como para encontrar continuidades, rupturas y emergencias en las percepciones sociales del trabajo, más allá de las relaciones salariales. Es el caso de nuevas interpelaciones ligadas al mérito y al emprendedurismo como doctrina de una «nueva economía» encaminada a exacerbar prácticas de sujetos productores, autoempleados y autoexplotados, quienes se convierten en competidores individuales en el mercado (lo cual desalienta prácticas de solidaridad), y sobre quienes se coloca la responsabilidad absoluta de sus éxitos y fracasos (Chauí, 2020; Gershon, 2017).

Desde una concepción amplia, el trabajo, además de una acción humana sobre la naturaleza con el propósito de modificarla y apropiarla bajo una forma rentable, cumple un papel fundamental en la producción y reproducción simbólica de toda forma social (Dimarco, 2007; León

Salazar, 2017; Perelman, 2010). Desde esta dimensión simbólica, el tipo de trabajo que una persona ejecuta la posiciona en un lugar en la sociedad, incluso al margen de los ingresos que la actividad represente. Esta inscripción laboral en la estructura colectiva supone un marco para la construcción de significados que los trabajadores atribuyen a su quehacer, la generación de redes de sociabilidad, patrones de interacción y la configuración de rutinas, ritmos de vida y orientaciones hacia el mundo que dotan al día a día de una estructura temporal, un contraste con el ámbito doméstico, además de un sentido de identidad y utilidad social (Bachiller, 2013; Millar, 2018; Rivadeneira, 2021).

Según Millar (2018), el trabajo en la economía informal¹ se ha interpretado en gran medida como una estrategia de personas excluidas o dejadas de lado por el capitalismo global. Desde este punto de vista y acercándonos al trabajo del reciclaje de base, recolectar materiales de entre los desechos se convierte en una actividad que provee algún tipo de ingreso económico, realizada por quienes no pueden acceder a un empleo asalariado, hecho que se ha documentado en otras investigaciones (Binion y Gutberlet, 2012).

Esta marginación en el contexto laboral diluye las fronteras entre *empleo*, *desempleo* y *economía informal*, profundizando un orden social racializado, dado el perfil socioeconómico de quienes lo ejecutan (Bachiller, 2013; Kingman, 2008; Rivadeneira, 2021). Así, en un marco de inestabilidad y precariedad, el trabajo de recolección de base está cargado de un estigma que repercute negativamente en la plena aceptación social de las personas que lo realizan y en sus propias expectativas de alcanzar un futuro promisorio (Bachiller, 2013; Coletto y Carbonai, 2023; Goffman, 2012).

En Ecuador, el 53% de la población económicamente activa se desempeña en empleos informales (INEC, 2024a). Es común la falta de estabilidad y la imposibilidad de acceder a derechos laborales (salarios acordes al oficial, horarios establecidos y seguridad social, entre otros). Esta informalidad reproduce la desigualdad en función del género, siendo las

1. La Organización Internacional para el Trabajo – OIT (2013), a partir de los trabajos pioneros de Keith Hart (1973) en Ghana y luego de décadas de debate, propuso en 2002 ampliar el término «sector informal» a «economía informal» para describir de mejor forma el alcance y diversidad del fenómeno en el mundo. La economía informal comprende «todas las actividades que, en la legislación o la práctica, no recaen en el ámbito de mecanismos formales o estos son insuficientes» (OIT, 2013). Está estrechamente relacionada con la exclusión de los trabajadores del sistema reconocido en las cuentas y estadísticas nacionales. Esta invisibilización del trabajo informal repercute en la ausencia de políticas públicas para revertir su carácter marcado por la desprotección, inseguridad y vulnerabilidad.

mujeres quienes tienen porcentajes más altos en trabajos autónomos (INEC, 2024b).

Según datos preliminares del primer censo de recicladores realizado por el Ministerio de Inclusión Económica y Social –MIES–, alrededor de 10 mil personas se dedican al reciclaje de base en Ecuador (2023). De este universo, el 83% reside en el área urbana, mientras que el 17% se ubica en el área rural.

En este contexto se planteó el trabajo del componente etnográfico del proyecto RUMBOS desde septiembre de 2022: en Cuenca, ciudad andina de 640.000 habitantes, con todas las asociaciones de recicladoras² (11 asociaciones, 252 personas); y en Macas, ciudad amazónica de 40.000 habitantes, con la única asociación (41 personas). Se trabajó multidisciplinariamente junto a otros componentes pertenecientes al mismo proyecto: salud, políticas públicas, socioespacial, y organizativo.

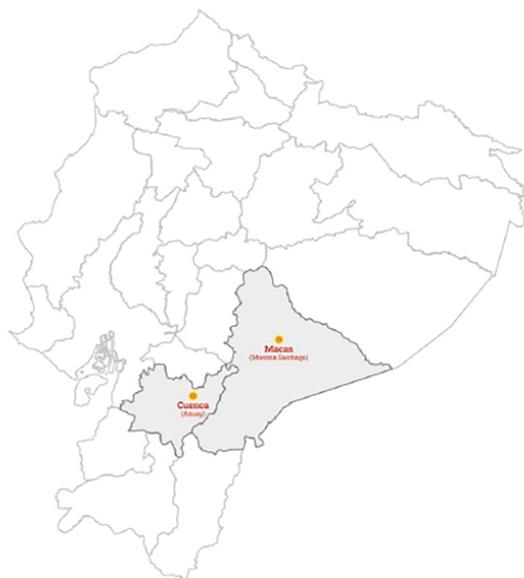


Imagen 1. Mapa de Ecuador con las dos ciudades seleccionadas para la investigación etnográfica (elaboración propia).

2. Vale precisar que cuando se menciona el nivel de asociatividad de las recicladoras en las ciudades estudiadas, si bien están inscritas formalmente a nivel ministerial, este estatus no les brinda ni garantiza derechos colectivos o beneficios económicos, sino que responde únicamente a la formalización de su personalidad jurídica.

El trabajo de campo realizado permitió recuperar y entender el sentido que las mujeres recicladoras le otorgan a su quehacer, siendo una labor no reconocida socialmente, altamente marginal y precarizada (Bermúdez, Montoya-Ruiz y Saldarriaga, 2019; Rivadeneira, 2021). Las tareas de reciclaje se desarrollan predominantemente desde un plano de supervivencia por parte de quienes se dedican enteramente a ello, pero, además, constituyen una fuente de recursos para mujeres que se dedican al trabajo no remunerado y de cuidado en sus propios hogares, proveyendo —en muchos casos— su único ingreso monetario.

Las recicladoras³, protagonistas de este estudio, entienden la recolección del material reciclable en un contexto laboral como algo legítimo, pese a su precariedad. Su labor desafía las concepciones tradicionales del trabajo que es asociado solo con la producción de bienes concretos. Estas mujeres, en situación de supervivencia y con motivaciones económicas, ponen nuevamente en circulación materias primas, al rescatarlas de entre los desechos del consumo ajeno y reincorporarlas a la cadena industrial.

La investigación del proyecto revela que las recicladoras de base trabajan hasta 14 horas diarias, entrelazando tareas como la búsqueda de materiales, la clasificación, la venta y las labores domésticas. Su esfuerzo se traduce en un ingreso mensual promedio de un tercio del Salario Básico Unificado ecuatoriano —establecido en \$450 para 2023—, panorama aún más crítico si se lo compara con la canasta básica —\$763,44— (INEC, 2022). Quienes se dedican a esta tarea carecen de protección y seguridad social, exponiéndose a riesgos como objetos cortopunzantes, virus y residuos tóxicos, afectando directamente su salud y aumentando su vulnerabilidad (Ceccarelli, 2013; Rivadeneira, 2021; Solíz, 2019).

Por lo expuesto, reconocemos en las mujeres recicladoras con las que trabajamos un rol activo en la interpretación e interpelación de las ilusiones del trabajo; así como estrategias para gestionar las dificultades del día a día y para afirmar su agencia en medio de una tensión entre las circunstancias coyunturales que escapan de su control y la capacidad de adaptar y vivir esas circunstancias de manera propia (Jackson, 2005).

El objetivo de esta investigación, por un lado, es visibilizar la labor de mujeres recicladoras rastreando algunas subjetividades que entran en juego en su trabajo, y por otro lado, aportar a la reflexión y caracteriza-

3. En Cuenca, principal ciudad de este estudio, el reciclaje de base está altamente feminizado: 80% son mujeres. Esto no es común en otras ciudades del Ecuador, donde la participación es equivalente o menor que la de los hombres. De ahí que en este artículo —y en todas las instancias del proyecto al que pertenece— cuando se hace referencia a las personas que realizan reciclaje de base, se lo hace en femenino: «las recicladoras». Esta precisión es relevante para evidenciar la alta participación femenina dentro de la actividad, mas no por desconocer o invisibilizar la labor masculina.

ción sobre algunas ilusiones contemporáneas que configuran la noción de *trabajo* en un entorno específico, abordando la idea de «ilusión» en su doble acepción: como espejismo y también como expectativa no cumplida en contextos de exclusión social y explotación capitalista. En cualquier caso, debemos entender la noción de «ilusión» no como una muestra de ingenuidad o desajuste entre experiencia y realidad, sino de manera más generativa, como una construcción discursiva que da sentido y orden al conjunto de las prácticas sociales relacionadas, como guías epistemológicas que dan forma a la realidad (Messeri, 2021; Rogers, 2014).

La categoría de *ilusión* —en tanto espejismo y aspiración— ha posibilitado poner de manifiesto una serie de tensiones, resignificaciones y apropiaciones que las mujeres recicladoras hacen respecto del trabajo que realizan. Particularmente, la aproximación etnográfica ha permitido poner en relieve —desde las palabras de las protagonistas de este artículo— el modo en que las prácticas y discursos neoliberales han atravesado todos los estratos sociales; y cómo aún en los márgenes de la sociedad son manifiestas las contradicciones derivadas de las promesas fallidas de una realización y crecimiento al alcance de todos.

En este contexto, identificamos tres constructos ilusorios que las mujeres recicladoras despliegan en el ejercicio de su labor diaria: en la construcción personal de la autonomía; en el uso y gestión del tiempo; y en el respeto que deben negociar socialmente en su día a día.

Métodos y metodología

Desde que se planteó el proyecto se tomaron en cuenta cuatro consideraciones para la investigación: el alto valor que las recicladoras le otorgan a su tiempo de recolección; las condiciones precarias y físicamente demandantes en las que se realiza la actividad; las experiencias y prácticas extractivistas previas por parte de la academia; y los saberes, experiencias y predisposición de las recicladoras como motor del proyecto. Esto implicó trabajar con un enfoque de Investigación Acción Participativa —IAP— en donde todas las etapas y productos fueron desarrollados de forma colaborativa, en conocimiento pleno y bajo consulta previa con las recicladoras, con el objetivo de llevar a cabo una investigación apegada a las necesidades y la realidad de la población, sin excluir sus narrativas ni reforzar estereotipos (Luxardo, 2022).

La dinámica planteada, además de cuidadosa con un grupo social vulnerable, posibilitó un proceso más participativo, enriquecido y legitimado, gracias a las opiniones, aportes e interrogantes de las recicladoras. Para esto, se conversó y discutió ampliamente en varios momentos sobre

la pertinencia del trabajo a realizar, los fines que perseguía el proyecto, la metodología a emplear, los productos que se obtendrían y las devoluciones que se tenían planificadas, tanto con la directiva de las asociaciones como con las recicladoras que participaron de cada actividad.

Las conversaciones incluían la contextualización sobre aspectos particulares durante la recolección de datos, como el uso de grabadoras durante la observación participante, el registro audiovisual en días y momentos puntuales del trabajo de campo, y el uso de herramientas para geolocalización. Se buscó que el diseño etnográfico cobrara sentido para todos los involucrados y —dentro de lo posible— no incomodara la observación participante y alivianara relaciones de poder. Al final, los acuerdos se asentaron en consentimientos informados revisados por el Comité de Ética de Investigación en Seres Humanos de la institución, posicionándonos desde la ética situada para que no funcionen como herramientas burocráticas de sumisión, sino como un acuerdo mutuo hacia el trabajo investigativo (Cecchini, 2019; Perez, 2017).

La premisa para el diseño etnográfico fue que la cultura se encuentra en sistemas de conocimiento distribuido; es así que nos apegamos a la etnografía multisituada para responder a relaciones y agencias dispersas, que generan imaginarios multilocalizados que son prácticos para el sujeto e interesantes para el etnógrafo (Marcus, 2011), teniendo presente evitar caer en flaquezas atribuidas al método, como falta de profundidad, poca temporalidad en campo o caer en el perspectivismo, tomando la multilocalidad no solo como sitios, sino como la búsqueda de las diferencias en cada experiencia para que tenga sentido moverse (Falzon, 2009).

Para ello, se realizaron varios ejercicios de observación participante —de manera individual y simultánea— para obtener un discurso rico y complejo con el que tejer un contexto cualitativo del que se pueda nutrir tanto nuestro grupo de estudio como los demás componentes que formaron parte del proyecto.

A pesar de que existe una gran cantidad de recicladoras de base que laboran desde la informalidad —sin estar asociadas ni reconocidas por instituciones estatales locales⁴— se decidió trabajar solo con las asociadas, dada la dificultad de ubicar y plantear un trabajo sostenido con quienes no lo están. Esto, debido a la marginalidad general de la actividad (social, económica, institucional y asociativa), la alta rotación y el recelo a compartir sus hábitos laborales.

4. Las asociaciones de recicladores pueden estar o no reconocidas ante las municipalidades, quienes tienen la competencia del manejo de desechos sólidos. Los recicladores que no pertenecen a una asociación ni están registrados ante la institución competente son llamados «informales», y en Cuenca, donde existe sectorización, «invasores».

La investigación llevada a cabo fue de tipo transversal y exploratoria. Alineados a los objetivos específicos del proyecto y a la preponderancia de la población femenina en la labor de reciclaje, el trabajo etnográfico se realizó casi exclusivamente con mujeres. Mediante un muestreo no probabilístico por conveniencia, se seleccionó a mujeres de entre 30 y 69 años, que no utilicen medios motorizados durante la recolección, que realicen reciclaje de base a pie de vereda, y que trabajen en zonas urbanas consolidadas en diferentes espacios de la ciudad. Todas participaron de forma voluntaria y se les remuneró por el tiempo de trabajo que le dedicaron a las distintas actividades, lo que estuvo contemplado desde el inicio en el diseño etnográfico.

Para el trabajo de campo se contó con la participación de 37 personas en distintas modalidades de levantamiento de información: a) Con 12 recicladoras se realizó observación participante, entre ocho a dieciocho horas diarias durante 15 días. El ejercicio incluía monitoreos espaciales y con la mitad de ellas se realizaron entrevistas a profundidad. Los resultados se asentaron en diarios de viaje (en adelante DV); b) 7 recicladores (5 mujeres y 2 hombres) participaron de entrevistas a profundidad y en 2 de estos casos se efectuaron monitoreos espaciales; c) Con 18 recicladoras se llevaron a cabo monitoreos espaciales durante su trabajo a pie de vereda, durante 15 días.

A pesar de las diferencias geográficas y culturales entre las dos ciudades en las que se trabajó —una en los Andes y otra en la región amazónica—, las dinámicas son muy similares en cuanto al microcosmos del reciclaje a pie de vereda; por esto no se establecen diferencias contextuales cuando se cita a las mujeres recicladoras con las que se dialoga a lo largo de este artículo.

Conviene indicar que las reflexiones que se reseñan a continuación responden a un carácter particular y de ninguna manera podrían generalizarse al colectivo de recicladoras de base en el país, sin antes realizar un estudio más amplio. Por otra parte, se verá que señalamos una serie de «ilusiones» en un sentido contradictorio o paradójico, como un efecto de los discursos y prácticas neoliberales que han permeado a la sociedad entera y cuya resonancia afecta a todos los estratos socioeconómicos.

Ilusión de autonomía

Las reflexiones ya clásicas sobre la constitución y los efectos del trabajo enajenado (Marx, 2004) nos han hecho entender que no basta la aspiración de tener un trabajo, sino de buscar condiciones de dignidad laboral en donde la persona no sea vista como una cifra estadística o el engrana-

je de una maquinaria productiva, sino como un individuo con aspiraciones, que debe satisfacer sus necesidades humanas, entre ellas la felicidad y plenitud laboral. Sin embargo, nuestro estudio da cuenta de condiciones que contradicen esta aspiración.

En un contexto de explotación e inseguridad, distinguimos una percepción de estabilidad por parte de las recicladoras con las que trabajamos, para quienes la poca estabilidad en el mercado de trabajo formal tiene como correlato la estabilidad del desecho, pues entienden al reciclaje como una actividad permanente. «La basura siempre estará ahí», afirma Juliana, una mujer robusta y de estatura pequeña, durante un primer acercamiento con las recicladoras (2023).

En ese contexto resaltamos el sentido de autonomía, entendida como la posibilidad que tienen los trabajadores de controlar su situación laboral principalmente en lo relacionado al método de trabajo y los horarios, lo que implica a su vez libertad, independencia y capacidad de decisión como factores determinantes (Navarro, Llinares y Montañana, 2010; Robbins y Coulter, 2010).

Dicha percepción la retrata Raquel, de 57 años y de semblante sereno. Lleva en la actividad más de 15 años. Muy experimentada, identifica a la distancia las bolsas de desechos que contienen materiales reciclables, antes de palparlas y abrirlas, habilidad relevante considerando que le falta una mano. Su prioridad es el cuidado de sus hijos de 5 y 11 años, los más pequeños de entre siete. Resalta lo digno que considera a su trabajo y la estima que le tiene: «Yo mismo me mando ahí y así puedo cuidar a mis guaguas⁵, poder dar el almuerzo y todo eso. Ya no pasan todos los días botados porque de ponerme en un empleo, mis niños quedarían abandonados, entonces no» (Raquel, 2023).

Este sentido de autonomía también lo manifiesta Victoria, de 58 años. Cuando entra en confianza es alegre y extrovertida, aunque cuando habla con extraños durante su trabajo es presa de una gran timidez. En los 20 años que recicla junto a su esposo, ha logrado construir una sólida red en su barrio, lo que le permite trabajar en mejores condiciones que muchas de sus compañeras. En sus relatos le gusta inferir sobre personalidades, eventos y situaciones con solo ver las condiciones de las bolsas de desechos. Al preguntarle si le gusta su trabajo, responde con orgullo: «Es que [como] independiente, nadie me grita. Cómo le puedo decir... ¡yo mismo soy la patrona! Yo mismo soy de todo. En cambio [en otros trabajos] nos gritaban... nos trataban mal... entonces eso no vale» (Victoria, 2023).

5. Quichuismo común para referirse a un niño o niña.

Estas interpretaciones nos acercan a la obra de Millar (2018), ya que muchos recicladores consideran que su experiencia de trabajo los transforma tanto que ya no pueden «adaptarse» a las estructuras del empleo asalariado; la recolección se marca por ritmos cotidianos distintos, hábitos y otras formas de vida asociadas a la actividad. Nos preguntamos entonces: ¿hasta qué punto no tener jefe u horario supone autonomía o una apología de la precarización y la atomización de la fuerza laboral? (Gershon, 2017; Ravenelle, 2019).

Ese fue el caso de Dunia, a quien en ocasiones le costaba sostener un discurso positivo con respecto a su labor. Aunque tiene 57 años, muchas personas la tratan de «abuelita». Tiene cabello largo y canoso, es pequeña y regordeta, y su rostro denota el paso del tiempo. Empezó a reciclar, hace más de 20 años, presionada por la urgencia de obtener ingresos económicos para sustentar a sus hijos. En ese tiempo se encontraba sola y recién llegada en la ciudad. Cuando relata sus inicios en el reciclaje, expresa que fue su mejor opción para recibir ingresos diarios y como alternativa frente a abusos o dinámicas de poder laborales:

Aquí le conocí a Doña Yessenia [...] veo que entran unos niños pequeños con reciclaje, con chatarra, hojas de zinc, pedazos de alambre de púas. [...] «Señora, buenas tardes... ¿cómo es este trabajo?» [...] «Verá» —me dice— «usted recoge latas de atún, [...] hojas de zinc y eso es plata al día, señora, y usted no está manipulada por las personas». Y yo que no tenía ni un grano de arroz en mi casa (Dunia, 2023).

Su narrativa se matiza con la creciente preocupación por la falta permanente de dinero, la incapacidad de ahorro y la ausencia de reconocimiento de su actividad, mostrándonos las contradicciones y complejidades e ilustrando cómo las lógicas de relación deuda-consumo permean la vida de las personas que forman parte de la economía popular (Palermo y Capogrossi, 2020) o en este caso específico, de quienes viven del reciclaje: «Lo que tengo del saldo del material ya me tengo que ir pasado mañana a dejar, del arriendo... ya me quedo sin nada» (Dunia, 2023).

Entrevemos una ilusión de estabilidad e independencia que se basa en la creencia de poder abandonar el reciclaje en cualquier momento para emprender otras actividades económicas. Cuando Dunia atraviesa una racha de desencanto, constantemente menciona la posibilidad de elegir otros trabajos como poner un asadero pequeño detrás de la iglesia para preparar carnes a los feligreses o vender papel higiénico en los baños públicos. Sin embargo, las opciones que baraja no salen de la informalidad y la precariedad.

Se hace presente un imaginario crematístico por el cual aparentemente habría una ventaja en el manejo de un pago diario o semanal frente a la espera de una remuneración mensual. Esta previsibilidad no se confunde con estabilidad, sino con la exigua posibilidad de prever con cuánto dinero se podría contar al final de la jornada y con ello planificar mínimamente la economía familiar (Bachiller, 2013). Este particular debe entenderse en el marco de una economía de supervivencia (del día a día) en donde se anula la posibilidad del ahorro, y con ello la proyección a un futuro aspiracional.

Pensamos entonces en una ilusión respecto al manejo del dinero, al contrastar el esfuerzo frente a la remuneración. Podemos ver esto en el caso de Victoria, que puede gastar hasta el 60% de la venta de su recolección semanal (375 kilos) en el transporte de los materiales. Esto indica que gran parte de los gastos de reciclaje recaen en mujeres en situación de vulnerabilidad, que al final benefician a otros actores de la cadena del reciclaje.

Al ser una actividad informal, las recicladoras se exponen a dinámicas complejas con los intermediarios, que se encargan de la compraventa del material hacia la industria. Este intercambio económico suele ser altamente especulativo, pues no existe una regulación oficial o pública de precios y son ellos quienes determinan el material a adquirir y las condiciones en las que debe ser entregado (Correa y Cumbe, 2015).

Esto evidencia que, en el mundo del reciclaje, las dinámicas de poder persisten a pesar de no estar inscritas en espacios laborales formales. Muchas recicladoras manifestaron que la balanza en donde pesan sus materiales se encuentra alterada y se falsean los datos del pesaje. Es una percepción general al momento de vender la recolección a los intermediarios, tomando como ejemplo a Cecilia, de 60 años y temperamento fuerte, quien trabaja desde hace 14 años en el reciclaje. Cuando participó en el acompañamiento etnográfico estaba a punto de renunciar al reciclaje, pues se encontraba en un momento de desilusión y cansancio. Ella no maneja otras opciones de comercialización más que la venta diaria —que es altamente especulativa— debido a que no cuenta con un lugar de acopio.

La investigación nos ha permitido identificar que las mujeres recicladoras miran positivamente su labor como una fuente de ingresos que les permite maniobrar sus tiempos, su independencia y posibilidad de trabajar sin cohesiones formalizadas, supeditaciones externas o el miedo a ser despedidas. Y, de otro lado, al realizar sus tareas en un escenario de alta precarización, esa autonomía también redundante en prácticas de autoexplotación y no excluye expresiones de abuso de parte de otros actores de la industria del reciclaje.

Ilusión del tiempo

Si para Marx (2004) el capital es producto del trabajo acumulado, es decir, trabajo sobre tiempo, nos preguntamos ¿cómo se entiende esta premisa en contextos de trabajo precario y tiempo menoscabado?

En el seno de una perspectiva antropológica, entendemos el tiempo como una construcción social que configura identidades, permite una coordinación social, una división y diferenciación de momentos y que se experimenta según el contexto sociocultural y la subjetividad del individuo (Iparraguirre, 2011; Pschetz, Bastian y Speed, 2016; Vargas, 2007). En este marco, señalamos tres posibles lecturas desde la resignificación que mujeres recicladoras asignan a su relación con el tiempo; a saber: una percepción de dominio sobre el tiempo; una fluidez entre el uso del tiempo productivo, reproductivo y de recreación; y una suerte de necesidad de estructuración de la vida según los tiempos que exige la labor del reciclaje.

En primer lugar, las recicladoras señalan ventajas respecto a la posesión del tiempo como recurso (Ramos, 2005), que paradójicamente son matizadas por prácticas de autoexplotación y realización de actividades históricamente feminizadas y/o precarizadas. Esto nos acerca a la idea de «pobreza de tiempo», entendida como un tiempo que vale poco frente a otras temporalidades y que está restringido frente a la posibilidad del ocio o la dedicación a cuestiones personales (Kes y Swaminathan, 2006).

Elena, mujer *shuar*⁶ de 51 años, atravesada por una permanente sensación de soledad, lleva 10 años en el reciclaje. Antes de trabajar como recicladora había tenido varios oficios, todos ocasionales. Comenzó a reciclar observando a su madre, quien a sus más de 80 años lo sigue haciendo. En el discurso de Elena, se hace visible un puente entre la dureza del trabajo del reciclaje, el esfuerzo que implica y un motivo de orgullo por tratarse de la obtención de ingresos de una fuente «digna». En medio del ruido de pisar las botellas plásticas que recogió, reflexionamos sobre cómo la promesa neoliberal de soberanía y control del tiempo choca con la realidad de la autoexplotación, generando una sensación de pérdida cuando no reciclan.

Si paro el día, siento que estoy sin hacer nada... se me hace feo. Vuelta, si salgo a trabajar, digo: «algo hice». Si no me fui la noche a reciclar, o llueve y no me voy, no duermo... cada rato me despierto... y digo: «no me fui, perdí» (2023).

6. Nacionalidad indígena de la región amazónica.

La distinción en la valoración del tiempo de unas y otras personas conforme su situación laboral se evidenció en una de sus jornadas de recolección, que fue interrumpida debido a una intensa lluvia, obligándola a detenerse por completo durante horas, bajo un portal, mientras las demás personas continuaban con sus actividades educativas o laborales. Ese *tiempo muerto* pone de manifiesto la fragilidad en la que se encuentra suspendida la supervivencia de quienes se dedican a esta labor: las horas *perdidas* fueron recuperadas cuando la lluvia menguó.

Parece ser que el tiempo es una posesión valiosa que redundo en la percepción de autonomía para destinar a otras actividades que exigen una dedicación constante a lo largo del día, sin una delimitación temporal marcada. Mientras la idea de laxitud del tiempo les da un respiro a los recicladores, lo cierto es que —como otros trabajadores precarizados— lo que hacen es malabares en busca de un equilibrio entre las exigencias del día, siempre alrededor de la misma premisa: recolectar más material.

Lo anterior es retratado por Esther, de 56 años. Lleva poco más de una década reciclando, es una persona muy segura y con un discurso muy consolidado, aunque cuando debe relacionarse con las personas de su barrio, se vuelve una persona distante y callada. Mientras acomoda los materiales en su bodega, habla de su trabajo como una actividad que parece no tener fin:

En el reciclaje no se puede [descansar] [...] Si se sienta cinco minutos ya es una pérdida: de tiempo, de material y de todo. Entonces no. Yo ya estoy acostumbrada a que el martes, el jueves y el sábado, cuando salgo a reciclar no tengo parada, estoy constantemente trabaja, trabaja y trabaja (2023).

La percepción de dominio del tiempo se ve también influenciada por dos discursos sociales actualmente en cuestión: el primero, de que el éxito o bienestar es directamente proporcional al esfuerzo individual; y segundo, que el trabajo mancomunado repercute siempre positivamente en sus miembros.

Por una parte, reconocimos un discurso «emprendedurista», que enaltece el individualismo y la competencia, y según el cual se apertura un horizonte de oportunidades y prosperidad, siempre que la persona se esfuerce lo suficiente, obviando las cualificaciones, el capital y las condiciones reales de exclusión y marginalidad que experimentan, en este caso, las mujeres recicladoras, colocando sobre sus hombros el peso de su suerte; atribuyendo esta, en última instancia, a sus decisiones particulares.

Curiosamente, este discurso cala entre algunos líderes de las asociaciones de recicladores, que animan a sus compañeras a esforzarse por recoger aún más y mejor material, y superar así a los recicladores infor-

males, o las arengan a soñar en grande aun cuando su preocupación inmediata pasa por llevar el sustento a sus hogares.

Y, por otra parte, sus discursos evidencian cómo el hecho de asociarse, en las condiciones actuales, no solo no brinda beneficios a sus integrantes ni garantías al ejercicio de sus derechos, sino que además les condiciona a restricciones, dinámicas punitivas y reproches a sus prioridades de recolección o cuidado. Es el caso de Martha, de contextura delgada, carácter suave y alegre, quien lleva reciclando cerca de 15 años, no ve ningún beneficio en estar asociada, mientras protesta por los aportes mensuales y las multas por inasistencias, atrasos o incluso por no llevar «bien» su chaleco.

Podemos afirmar que las mujeres recicladoras con las que trabajamos encuentran serias limitaciones para poder desarrollarse en la esfera privada como en la pública. La primera, porque las restricciones materiales, llevadas al nivel de supervivencia cotidiana, constriñen seriamente cualquier posibilidad de elección personal; y la segunda, porque su participación política no llega a incidir de manera efectiva en las decisiones de lo común ni en las del poder local, ya que la búsqueda del sustento diario —junto con tareas domésticas y de cuidado— copan sus actividades diarias y hacen ver la participación en asuntos colectivos como una pérdida de tiempo o una obligación para evitar represalias de parte de su asociación.

Ahora bien, desde la comprensión de la fluidez entre los distintos usos del tiempo, evidenciamos que algunas recicladoras consideran esta actividad no solo como una posibilidad de autosustento, sino de recreación y disfrute. Por el esfuerzo que conlleva el reciclaje y debido a que Martha bordea los 60 años, sus seis hijos le piden constantemente que deje de reciclar. Todos son adultos, algunos de ellos son profesionales técnicos o universitarios. Dos de ellos viven con ella y su esposo, y aportan a la economía del hogar. Ella no quiere dejar de reciclar, «es un mal vicio» —dice entre risas—. «A veces, ya me dan ganas de dejar el reciclaje, [...] ya me da pereza [...], el problema es que me acuerdo de todo lo que me encuentro, me encuentro cosas lindas... digo: “no, yo no dejo”» (Martha, 2023).

Ella inicia sus actividades al amanecer y a lo largo del día realiza unas cuatro o cinco vueltas por las calles aledañas a su domicilio, para recolectar material. Entre sus recorridos se ocupa del aseo de la casa, la preparación de los alimentos, el lavado de la ropa y el cuidado de uno de sus nietos, defendiendo siempre que por su dedicación al reciclaje no ha descuidado las tareas domésticas: «No tienes tiempo de hacer las cosas» —le ha dicho alguna vez su esposo—. «Sí, no tengo tiempo para hacer las cosas, pero me doy tiempo de donde sea» —responde Martha— (2023).

La actividad del reciclaje es vista no solamente desde una lógica productivista —cuántos ingresos puede proveerles— sino también como una posibilidad de distracción. Así, la recolección supone un espacio personal fuera de las dinámicas del hogar; por lo que muchas recicladoras hablan de su actividad como una forma de desestresarse y salir de la rutina. Esther considera que, a pesar de la dureza de sus actividades cotidianas, el reciclaje es un modo de cuidarse:

A mí déjenme ser libre. Déjenme hacer lo que a mí me gusta. [...] Para mí, mi recolección es mi recreo. Me distraigo, me olvido, estoy lejos, me olvido de todos los problemas que tengo en mi casa. Me paso riendo, feliz y contenta, y dejo botando mi estrés en la calle. Yo también tengo que cuidarme. Mis hijos no quieren que haga esto. «Mamá, estamos en Estados Unidos, nosotros le podemos mandar [dinero]». Yo he dicho: «No hijito, manda para tus hijos, ellos necesitan» (2023).

Lo expuesto, sin embargo, no puede ser entendido como la elección libre de una actividad de ocio, siendo que este por definición es enteramente improductivo, sino en un contexto de marginalidad en que estas mujeres se mueven entre opciones de trabajo mal remunerado y la realización de tareas históricamente feminizadas. Así también, la mención al «cuidado» es tensionada al extremo, considerando las condiciones materiales y de insalubridad en que la actividad se realiza.

Por último, considerando la tercera resignificación, desde una perspectiva sociológica del trabajo, notamos que este posee una particular capacidad de estructuración de la vida (Giddens, 1991). En sociedades contemporáneas, es la actividad del trabajo —y no otra— la que brinda una suerte de orden temporal, al fijar rutinas, ritmos y otorgar una sensación de gratificación vinculada con el cumplimiento de las expectativas establecidas en torno al desempeño.

Llama la atención que en nuestra sociedad —caracterizada por la presencia de un amplio mercado de trabajo informal— aún en la realización de actividades precarizadas se evidencie esa búsqueda de estructuración vital dada por el trabajo. Si bien de una parte hemos podido notar esa reivindicación respecto de la posesión y dominio del tiempo, por otro lado observamos que la dedicación de las mujeres al reciclaje está marcada por tiempos muy claros. El ritmo del recorrido está definido por el horario de circulación y la proximidad del camión municipal de recolección de basura. Debido a que Esther conoce de memoria las calles por las que este circula, si ve que se aproxima por alguna intersección, opta por agilizar el paso hacia otra de las calles aledañas con la consigna de «ganarle al carro».

Esta relación tan particular entre el reciclaje y el tiempo puede presentarse como un vínculo de tensión y conciliación: el tiempo es visto como un recurso valioso que se puede usar, dominar, apropiarse, pero a la vez son las recicladoras quienes sucumben ante la capacidad de estructuración vital que brinda el trabajo. Quizá esta última necesidad manifiesta sea un mecanismo de reivindicación del reciclaje, ya que, como otras formas de trabajo más o menos formales, maneja tiempos y fija órdenes a la cotidianidad.

Ilusión del respeto

Finalmente, ubicamos un flujo tenso entre la dignidad y el orgullo de dedicarse al reciclaje y el sentido de vergüenza que se desprende de una labor con un fuerte estigma social. A estas tensiones y sus consecuentes negociaciones sociales las hemos caracterizado como una suerte de «ilusión del respeto», entendiendo que el respeto va más allá de la ausencia del agravio y tiene que ver con la consideración y el reconocimiento mutuo entre las personas (Sennett, 2003).

Existe una literatura amplia que examina cómo las personas perciben y manejan los estigmas asociados a sus ocupaciones laborales que suelen ser trabajos marginales e informales —conocidos también como *dirty Works*—, en contacto con la suciedad, con el peligro, entre otros. Es así que las mujeres recicladoras implementan estrategias prácticas y simbólicas para mitigar los efectos del estigma, como un intento de dignificar su labor (Coletto y Carbonai, 2023).

Sobre ello indagamos con nuestros informantes clave por qué y cómo iniciaron esa actividad, y cuál es su autopercepción de la labor que desarrollan:

Aprendí cuando mi papá todavía vivía, él reciclaba cartones, botellas, entonces ahí me enseñó [...] le veo metido la cabeza ahí en el tacho y le digo: «Papi, ¿Qué hace? ¿Recoge basura? ¡Qué vergüenza, papi!» [...] «Mija, vergüenza es esto» [...] me indicó a las que están paradas en la calle [Mujeres que ejercen el trabajo sexual], «Eso es vergüenza mija... recoger un cartón, una botella, eso no es vergüenza» (Juana, 2023).

Quienes se ocupan de esta tarea se desempeñan en los márgenes económicos y sociales de la comunidad. La labor es percibida de modo ambivalente por las propias mujeres: es algo vergonzoso, pero también su fuente principal de ingresos.

Resulta revelador el uso de eufemismos para referirse a la labor de las recicladoras que encuentran su sustento diario en la basura común, en medio de una cultura ciudadana de reciclaje y separación de residuos casi nula. En este sentido se ha encumbrado un discurso ambientalista que esconde la situación de vulnerabilidad socioeconómica, la dificultad y peligrosidad de su labor. Así, el reciclaje de base se promueve como un aporte al cuidado de la naturaleza, la conservación ambiental, la mitigación de los efectos del cambio climático o la limpieza de las ciudades, a partir de una elección personal de parte de quienes se dedican a esta actividad.

En este contexto, el Estado —al «respetar» esta decisión individual— elude sus responsabilidades jurídicas respecto de la garantía del bienestar, cuidado y protección de los derechos económicos y sociales de quienes realizan esta labor; y no ha hecho sino afianzar esta actividad desde la lógica de la gestión y cuidado medioambiental. Por lo mismo, podrían ser cuestionables los discursos economicistas que intentan romantizar el rol de estas mujeres en el sustento de la vida y el cuidado del planeta, cuando en realidad se trata de que están dejando las suyas propias a cambio de subsistir un poco más.

La apropiación de este discurso resulta ambigua, existiendo una línea muy delgada en el discurso de Esther que separa «la basura», de lo que llama «el material». Por un lado, reconoce que prefiere no comer en sus jornadas, por estar «con la basura» y porque le da náuseas; pero por otro, destaca su labor como valiosa para la comunidad y para el ambiente en general. Esta autopercepción acerca de su actividad no es compartida por la ciudadanía, que se refiere a ella peyorativamente.

Poco se repara en esa extraña sensación que rodea a las mujeres mientras reciclan, esa mezcla de vergüenza y humillación que implica la búsqueda de algo que recuperar en medio de la basura; y en esa sensación interiorizada de estar cumpliendo una actividad poco digna: «Está metida en la basura... ¿Qué... se está muriendo de hambre? ¿Qué... va a estar salvando el planeta? ¿A usted... quién le salva?»; son expresiones de los hijos de Esther, quienes no están de acuerdo con que se dedique a reciclar, pero le dejan continuar con su labor. Ella recuerda una época en la que los recicladores eran maltratados, marginados y repudiados; y que con el paso del tiempo esto fue cambiando:

[...] ahora la gente toma mucha atención al medio ambiente, sabe lo que estamos haciendo, lo que más no me gustaba era la discriminación que tenían contra nosotros [...] Nos decían: «ratas de la basura, [...] perras, [...] hambrientas, basureras, cochinas, puercas». A mí, al principio sí me dolía, porque no sabía qué estaba haciendo [...] ya después, cuando ya fui saliendo constan-

temente, ya me tomaron más en cuenta, ya nos hicieron sentir que nosotros somos personas que vamos a salvar el mundo, que estamos queriendo que el mundo cambie... (Esther, 2023).

Mientras las recicladoras contribuyen a reducir residuos, su trabajo también se nutre del creciente consumo, exacerbando la problemática ambiental que intentan mitigar. Como en el caso de Raquel, que se encuentra ante una contradicción, ya que, aunque su labor es valiosa en términos de reciclaje, está directamente vinculada al ciclo de consumo que perpetúa la producción masiva de materiales, cuestionando la noción tradicional de *cuidado ambiental* en su encrucijada entre subsistencia personal y sostenibilidad ecológica. Así también, el liderazgo gremial motiva a sus bases reproduciendo en las reuniones de las asociaciones el discurso que promueve la labor del «gestor ambiental»:

Usted no tiene que decir nunca basura, usted tiene que decir materia prima. Para nosotros el reciclaje es la materia prima para mandar a las industrias. [...] la materia prima del reciclaje, los residuos sólidos, eso hay que irles capacitando [a los ciudadanos] para que vayan entendiendo (DV, 2023).

Para muchas recicladoras, los discursos ambientales les han permitido tener una visión más positiva de su trabajo, como forma de lucha contra el estigma de su actividad. Parecería ser que las prácticas neoliberales de la época han encontrado en el discurso ecologista el medio para la inclusión económica y social de quienes realizan un trabajo marginal y profundamente estigmatizado como el reciclaje de base. De este modo, podrían conjurar el fracaso del sistema y de las promesas liberales de un crecimiento y el desarrollo al alcance de quien se esfuerza lo suficiente, siendo que la labor de *gestión ecológica* podría brindar a las recicladoras algo de dignidad y respeto.

Conclusiones

En síntesis, a lo largo de este escrito —a través de la noción de *ilusión*— hemos procurado poner de manifiesto tres interpretaciones que las mujeres recicladoras dan a su experiencia de trabajo. En cada una de ellas se han abordado consensos, negociaciones y tensiones propias de las significaciones discursivas que las protagonistas han brindado, en torno a la posibilidad de autonomía en el desempeño de sus labores, en su relación con el tiempo, y en el respeto que anhelan en el desarrollo de una actividad profundamente estigmatizada. Las aspiraciones y los espejismos alrededor de estas tres grandes aristas de la labor del reciclaje reflejan una serie de

matices y lecturas que cuestionan, complejizan y discuten la experiencia del trabajo marginal y las oportunidades reales de inclusión en nuestra sociedad.

En Ecuador, el reciclaje se desarrolla exclusivamente en el sector informal, lo que implica una exposición a condiciones de inseguridad, falta de protección social e incertidumbre por generar recursos suficientes a diario. En este contexto, las recicladoras encuentran *autonomía* al «mandarse solas», establecer sus horarios y percibir dinero diariamente; y, sin embargo, en el marco de esta aparente libertad, reconocemos prácticas de autoenajenación, mediante las cuales se explotan a sí mismas en busca de la productividad ideal. Los desafíos derivados de su supervivencia y su aspiración de desempeñarse laboralmente sin presiones externas se ven tensionadas por las restricciones propias del mercado de trabajo informal y de la precariedad en la que realizan sus tareas.

Esta ilusión va de la mano de un discurso acerca de lo arriesgado que sería abandonar súbitamente el reciclaje, ya que, para que sea redituable, es una actividad que implica la construcción sostenida y constante de un tejido social ligado al territorio, sus habitantes y sus pares. Tejer estas redes relacionales supone un tiempo y un esfuerzo considerable, pero que fácilmente puede diluirse o perderse si su actividad se interrumpe o se vuelve intermitente. Lo expuesto compromete una idea cabal de *autonomía*, ya que evidencia la necesidad de una constante dedicación al reciclaje.

Desde otra arista, se ha evidenciado una tensión y conciliación respecto del uso del *tiempo*, muy de la mano con lo expuesto respecto de la autonomía en el ámbito del trabajo: las mujeres recicladoras consideran el tiempo como un recurso pasible de ser dominado, apropiado, y son ellas quienes deciden qué hacer y cuándo. Si bien esta afirmación es certera, esa suerte de dominio sobre el tiempo se matiza dada la porosidad de las fronteras entre el trabajo productivo, reproductivo, la existencia de un estrecho margen para la distracción y la búsqueda de estructuración vital dada por los ritmos del reciclaje.

El reciclaje —del modo en que se realiza en nuestra sociedad— es una labor que se ejecuta en los bordes de la comunidad, en un limbo espacial entre la propiedad privada (la propiedad sobre los desechos que se producen individualmente) y la propiedad pública (de esos mismos desechos). No es casual que los espacios de recolección sean las veredas, en tanto son un espacio entre la habitación privada y la colectividad de la calle. Tampoco es una coincidencia que este trabajo —además profundamente silencioso— se realice entre las sombras.

Este escenario perfila y pone en cuestión la posibilidad de *respeto*, que se ubica en un *continuum* entre la vergüenza y el orgullo que genera la dedicación al reciclaje. Si bien las mujeres reconocen que al iniciar su actividad estuvieron agobiadas por un sentimiento de vergüenza y falta de dignidad, también afirman que aprecian el modo en que se ganan el sustento propio y de los suyos.

Ya en el ámbito público, el respeto a la labor de las recicladoras ha estado mediado por discursos ecologistas que —recurriendo al uso de eufemismos— intentan posicionar la actividad como una contribución social al cuidado de la naturaleza. Un discurso que, sin embargo, no ofrece mejoras a las condiciones de vida de las mujeres recicladoras, más que el reconocimiento nominal como «gestores ambientales», que resulta aún esquivo a la realidad de una tarea fuertemente estigmatizada.

No ha lugar a insistir en la enorme vulnerabilidad que enfrentan estas mujeres, en la tracción a sangre, en el esfuerzo que a diario deben imprimir a su labor incesante y, junto con ello, en las grandes restricciones que deben afrontar a cambio de ejercer un mínimo grado de agencia. Muestra de esto —si es que aún hiciera falta— son sus cuerpos avejentados, los rostros ajados por el sol, las dietas forzadas, así como las serias limitaciones que enfrentan para revertir la tendencia de transmitir la pobreza en términos intergeneracionales. La pretendida inclusión social sigue fallando tanto como el mismo sistema que las ha expulsado. Y, sin embargo, la resignificación que estas mujeres asignan a su trabajo propone —casi de un modo incesante, como su labor— nuevos desafíos políticos y socioeconómicos que nos interpelan a nivel individual y colectivo.

Referencias

- Bachiller, S. (2013). El laburo va y viene, el basural siempre está ahí: una etnografía sobre las constantes resignificaciones del trabajo en recolectores informales de residuos. *El Cotidiano*, 182, 51-62. En <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32529942006>.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bermúdez, J., Montoya-Ruiz, A., y Saldarriaga, J. (2019). Assessment of the Current Situation of Informal Recyclers and Recycling: Case Study Bogotá. *Sustainability*, 11(22). En <https://doi.org/10.3390/su11226342>.
- Binion, E., y Gutberlet, J. (2012). The effects of handling solid waste on the wellbeing of informal and organized recyclers: a review of the literature. *International Journal of Occupational and Environmental Health*, 18(1), 43-52. En <https://doi.org/10.1179/1077352512Z.0000000001>.
- Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

- Castel, R. (2011). *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- Ceccarelli, G. (2013). *La basura sirve: Una experiencia de cooperación entre territorios para la cohesión social en América*. En https://www.oxfamitalia.org/wp-content/uploads/2013/10/LaBasuraSirve_.pdf.
- Cecchini, M. (2019). Reinforcing and Reproducing Stereotypes? Ethical Considerations When Doing Research on Stereotypes and Stereotyped Reasoning. *Societies*, 9(4), 1-13. En <https://doi.org/10.3390/soc9040079>.
- Chauí, M. (2020). O totalitarismo neoliberal. Anacronismo e irrupción. *Revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna*, 10(18), 307-328. En <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/anacronismo/article/view/5434>.
- Coletto D., y Carbonai, D. (2023). What Does It Mean to Have a Dirty and Informal Job? The Case of Waste Pickers in the Rio Grande do Sul, Brazil. *Sustainability*, 15(3). En <https://doi.org/10.3390/su15032337>.
- Correa, J., y Cumbe, M. (2015). Normativas y metodologías participativas en torno al reclaje inclusivo en la zona Andina. *Política y Sociedad*, 52(2), 371-386. En https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2015.v52.n2.45208.
- Dimarco, S. (2007). ¿Podemos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura. *Papeles del CEIC*, 2. En <https://ojs.chu.edu/index.php/papelesCEIC/article/view/12211/11133>.
- Falzon, M. (2009). Introduction: Multi-sited Ethnography Theory, Praxis and Locality in Contemporary Research. En M. Falzon (Ed.), *Multi-sited Ethnography Theory, Praxis and Locality in Contemporary Research* (pp.1-23). Malta: Ashgate Publishing Limited.
- Gershon, I. (2017). *Down and Out in the New Economy: How People Find (or Don't Find) Work Today*. Chicago: University of Chicago Press.
- Giddens, A. (1991). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goffman, E. (2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- González, M., Palermo, H., y Torres, P. (Comps.) (2017). *Aproximaciones a la antropología del trabajo. Miradas desde Latinoamérica*. México: Eólica.
- Hart, K. (1973). Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana. *The Journal of Modern African Studies*, 11(1), 61-89. En <https://doi.org/10.1017/S0022278X00008089>.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2022). *Informe ejecutivo de las canastas analíticas: básica y vital*. Quito: INEC.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2024a). *Boletín técnico N° 05-2024-ENEMDU*. Quito: INEC.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2024b). *Principales resultados de la Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo - Anual. 2023*. Quito: INEC.
- Iparraguirre, G. (2011). *Antropología del Tiempo. El Caso Mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Jackson, M. (2005). *Existential anthropology: Events, exigencies, and effects*. New York: Berghahn.

- Kes, A., y Swaminathan, H. (2006). Gender and Time Poverty in Sub-Saharan Africa. En M. Blackden y Q. Wodon (Eds.), *Gender, Time Use, and Poverty in Sub-Saharan Africa* (pp. 13-38). Washington D.C.
- Kingman, E. (2008). *La ciudad y los otros 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Ecuador, FONSAE.
- León Salazar, C. (2017). El paisaje construido como concreción hegemónica. Trabajo, industria minera, materialidad y significados del espacio social en Nava, Coahuila. En M. González, H. Palermo y P. Torres (Coords.), *Aproximaciones a la antropología del trabajo. Miradas desde Latinoamérica* (pp.224-253). México: Eólica.
- Luxardo, N. (2022). Ethics in Practice and Ethnography: Faux pas During Fieldwork with Structurally Vulnerable Groups. *Medicine Anthropology Theory*, 9(3), 1-13. En <https://doi.org/10.17157/mat.9.3.5747>.
- Marcus, G. (2011). Multi-sited Ethnography: Five or Six Things I Know About It Now. En S. Coleman y P. Hellermann (Eds.), *Multi-Sited Ethnography: Problems and Possibilities in the Translocation of Research Methods* (pp.16-32). New York: Routledge.
- Marx, K. (2004). *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue Clásica.
- Messeri, L. (2021). Realities of illusion: tracing an anthropology of the unreal from Torres Strait to virtual reality. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 27, 340-359. En <https://doi.org/10.1111/1467-9655.13495>.
- Millar, K. (2018). *Reclaiming the Discarded. Life and Labor on Rio's Garbage Dump*. Duke University Press.
- Ministerio de Inclusión Económica y Social (2023). *Censo Nacional de Recicladores*. En <https://app.powerbi.com/view?r=eyJrIjoiOTkyMDI3NTEtNGRmMi00ZGM3LWI3ZDctMjk1NmQ3NDNkNjFlliwiidCI6ImRiYzc3YzA3LTRkMjAtNDczYi1hY2ZiLWQ4ZTg0MGM5MWMxMSIsImMiOjR9>.
- Navarro, E., Linares, C., y Montañana, A. (2010). Factores de satisfacción laboral evocados por los profesionales de la construcción en la comunidad valenciana. *Revista de construcción*, 9(1), 4-16. En <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127619214002>.
- Oficina Internacional del Trabajo (2013). *La economía informal y el trabajo decente: una guía de recursos sobre políticas, apoyando la transición hacia la formalidad*. Ginebra: OIT / Departamento de Política de Empleo. En <https://www.ilo.org/es/publications/la-economia-informal-y-el-trabajo-decente-una-guia-de-recursos-sobre-0>.
- Palermo, H., y Capogrossi, M. (2020). *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Perelman, D. (2010). *El cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. Etnografía de la supervivencia*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires. En <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1332>.
- Perez, T. (2017). In support of situated ethics: ways of building trust with stigmatised 'waste pickers' in Cape Town. *Qualitative Research*, 19(2), 148-163. En <https://doi.org/10.1177/1468794117746553>.
- Pschetz, L., Bastian, M., y Speed, C. (2016). Temporal design: Looking at time as social coordination. En P. Lloyd y E. Bohemia (Eds.), *Future Focused Thinking - DRS*

- International Conference 2016* (pp.2109-2122). Brighton: Loughborough University.
En <https://doi.org/10.21606/drs.2016.442>.
- Ramos, R. (2005). Discursos sociales del tiempo. En G. Valencia (Coord.), *Tiempo y espacio: Miradas múltiples* (pp.525-544). México D.F.: Plaza y Valdés.
- Ravenelle, A. (2019). *Hustle and Gig: Struggling and Surviving in the Sharing Economy*. Oakland: University of California Press.
- Rivadeneira, C. (2021). Hurgando en fundas de basura en tiempos del COVID-19. *Cuadernos Médico Sociales*, 61(3), 47-54. En <https://doi.org/10.56116/cms.v61.n3.s1.2021.85>.
- Robbins, S., y Coulter, M. (2010). *Administración*. México: Pearson Education.
- Rogers, B. (2014). Delusions about Illusions. *Perception*, 43(9), 840-845. En <https://doi.org/10.1068/p7731>.
- Sennett, R. (2003). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Solíz, F. (2019). *Reciclaje sin recicladoras es basura. El retorno de las brujas*. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Vargas, G. (2007). Tiempo y poder: la antropología del tiempo. *Nueva Antropología*, 20(67), 41-64. En <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15906703>.